

Año I

Nº 1

# ANALES

— DEL —

## Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

*Elias Leiva*

*Luis Castro A.*

*Rómulo Tovar*

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL

CE

H

806

A CR

# Sumario

Recuerdos de joven y reflexiones de viejo

(Conferencia del Licdo. don Leonidas Pacheco)

2474 ●

# ANALES

DEL

## Ateneo de Costa Rica

TOMO I

San José, Costa Rica — América Central

NUMERO 1

Nº 229

San José, 13 de mayo de 1912

*Vista la solicitud del Presidente del Ateneo de Costa Rica, don Justo A. Facio, para que se publiquen por cuenta del Gobierno, en folletos, con la denominación de*

### ANALES DEL ATENEO

*las producciones leídas por los miembros de la institución en las reuniones públicas que con ese objeto se celebran; y en atención a que la labor intelectual de dicho Centro merece el auxilio del Estado, por la valiosa contribución que aporta a la cultura general,*

*El Presidente de la República*

ACUERDA:

*Acceder a la solicitud referida y disponer que se publiquen por cuenta del Estado en la Imprenta Nacional los trabajos que lean los socios del Ateneo en sus sesiones públicas.*

*Publiquese,*

JIMÉNEZ

El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación,

C. M. JIMÉNEZ

92110



# Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1912

**Presidentes Honorarios**

Antonio Zambrana  
Justo A. Facio

**Presidente efectivo**

Justo A. Facio

**Vicepresidentes**

Enrique Jiménez Núñez  
Ernesto Martín

**Vocales**

J. Fidel Tristán  
Tomás Povedano  
C. González Rucavado  
Anastasio Alfaro  
J. J. Vargas Calvo

**Secretarios**

Fabio Baudrit  
Juan Dávila



## ATENEO DE COSTA RICA

---

### Miembros activos

#### A

José Astúa Aguilar  
Alejandro Alvarado Q.  
Anastasio Alfaro  
J. M. Alfaro Cooper  
M. Argüello de Vars  
Alejandro J. Aguilar  
Marciano Acosta  
Manuel Aragón  
Luis Anderson

#### B

Alberto Brenes Córdoba  
Fabio Baudrit  
Roberto Brenes Mesén  
Leonidas Briceño

#### C

Jenaro Cardona  
Eduardo Calsamiglia  
Próspero Calderón  
Salomón Casto M.  
Rafael Otón Castro

18

Celia Carrillo de Monje  
 Ester Castro de Tristán  
 Angelina Castro  
 Luis Castro Saborío  
 Ismael Cardona  
 Federico G. Calvo  
 Luis Cruz Meza

## Ch

Lisímaco Chavarría

## D

Juan Dávila

## E

Guillermo Echeverría  
 Enrique A. Echandi

## F

Justo A. Facio  
 R. Fernández Guardia  
 María Fernández de Tinoco  
 V. Fernández Ferraz  
 León Fernández Guardia  
 Luis R. Flores

## G

Joaquín García Monje  
 José Fabio Garnier  
 Juan Garita  
 Cleto González Víquez  
 C. González Rucavado  
 Luis Felipe González

## H

Enrique Hine Saborío

## I

Rafael Iglesias

## J

Ricardo Jiménez O.  
 Manuel J. Jiménez  
 Enrique Jiménez Núñez  
 Hemel Jiménez  
 Carlos M<sup>a</sup> Jiménez

## L

Elías Leiva  
 Agustín Luján

## M

Ernesto Martín  
 Gregorio Martín  
 Julieta P. de Mc. Grigor  
 Félix Mata Valle  
 Luis Matamoros  
 Modesto Martínez  
 Gustavo Michaud  
 Gerardo Matamoros  
 F. Montero Barrantes  
 Luisa Montero  
 María Luisa Morales  
 Domingo Monje Rojas  
 Juan María Murillo

## N

Félix F. Noriega

## O

Miguel Obregón L.  
 Angel Orozco  
 Mercedes O. de Tucker  
 María O. de Hine

## P

Leonidas Pacheco  
 Pedro Pérez Zeledón  
 Arturo Pérez Martín  
 Teodoro Picado  
 Tomás Povedano  
 Carlos Pupo

## Q

Napoleón Quesada  
Ramón M. Quesada

## R

Petra Rosat  
Alberto Rudin

## S

Zelmira Segreda de Cappella  
Manuel Sáenz Cordero  
Manuel Salazar  
Luis A. Silva  
Juan Gaspar Stork

## T

J. Fidel Tristán  
Luis Torres Acevedo  
Rómulo Tovar

## U

Manuel Ugarte  
Daniel Ureña

## V

Guillermo Vargas  
J. J. Vargas Calvo  
Víctor Vargas Q.  
Manuel Veiga  
Faustino Víquez  
Rafael Villegas

## Z

Antonio Zambrana  
Ramón Zelaya  
Tobías Zúñiga Montúfar  
G. Zúñiga Montúfar

**Miembros honorarios**

Manuel María Peralta, París

**Miembros correspondientes**

Octavio Beeche, Niza

M. González Zeledón, Nueva York

---

Santiago Argüello, Nicaragua

Rómulo E. Durón, Honduras

Alfonso Reyes Guerra, El Salvador

Máximo Soto Hall, Guatemala





## Leonidas Pacheco

El Licenciado don Leonidas Pacheco tiene cerca de cuarenta y seis años. Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio de San Luis Gonzaga, de Cartago, su ciudad natal. Dedicado a estudios de Derecho, recibió la investidura de abogado el año de 1891, en la Escuela de Derecho que funciona en esta ciudad bajo la dirección del Colegio de Abogados de la República.

Antes de terminar su carrera había desempeñado el puesto de Secretario de la Legación que Costa Rica sostiene en Europa a cargo del señor don Manuel María Peralta. En 1891 sirvió, por algún tiempo, la Judicatura del Crimen de esta ciudad. Entonces también fué nombrado profesor de Derecho Penal en la Escuela de Derecho, cargo que dejó poco después para trasladarse a Cartago, donde por algún tiempo ejerció la abogacía.

De regreso en San José, la Directiva del Colegio de Abogados le encomendó la plaza de profesor de Derecho Internacional y Público, que desempeñó durante varios años. En 1895 fué elegido por su provincia diputado al Congreso Nacional, cargo que resignó dos años después para aceptar el puesto de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que el Ejecutivo le confió ante el Gobierno de la República de El Salvador, donde, bajo los auspicios de sus gobernantes, firmó con el Plenipotenciario de Nicaragua el convenio en virtud del cual debía terminarse, con la fijación definitiva de la frontera, nuestra cuestión de límites con esta última República. Por ese mismo tiempo asistió, en representación de Costa Rica, al Congreso Jurídico Centroame-

ricano que se celebró en Guatemala. En 1901 acompañó al Presidente Iglesias, en concepto de Secretario de Relaciones Exteriores, a la reunión de presidentes de Centro América, celebrada en Corinto a iniciativa del Presidente de Nicaragua.

En 1902 fué llamado por el Gobierno del Licenciado don Ascensión Esquivel para desempeñar la Secretaría de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública. En 1904, y bajo la misma administración, gestionó ante el Gobierno de Colombia, primero, y ante el de Panamá, después, con carácter de Ministro Plenipotenciario, en el arreglo de límites pendiente por el Sur de la República. Desde 1907 hasta 1910 desempeñó el puesto de Encargado de Negocios de la República en Bélgica. Actualmente reside en esta capital y ejerce su profesión de abogado.

\*  
\* \*

Con la conferencia del señor Pacheco se inició el presente curso del Ateneo de Costa Rica, (segunda época).





## Recuerdos de joven y reflexiones de viejo

Conferencia leída en el Ateneo de Costa Rica la noche del 24  
de abril de 1912, por el Licenciado don Leonidas Pacheco.

Son recuerdos viejos de un cuarto de siglo: muchos de los que me oyen eran niños en aquel entonces, y yo, por primera vez abandonaba ya los patrios lares, y cargado de ilusiones y de inexperiencia, emprendía el viaje por los grandes caminos que conducen a los grandes centros.

¡Qué abigarrada colección de impresiones las que se despiertan en el alma del viajero novicio, y muy especialmente en la de quien, como yo, ni siquiera conocía la majestad imponente del océano.

Todo era una sorpresa, todo era una novedad: el viaje a caballo hasta Carrillo, emprendido en aquella fresca mañanita de octubre; los calores sofocantes de la línea vieja, cada vez más abrumadores, a medida que se baja hacia la costa y después el mar, el mar infinito, inquieto, imponente.

Y hélo ahí, el monstruo de movedizas escamas, sobre cuya crugiente superficie bogó Colón durante meses en busca de lo incierto; hélo ahí, el teatro sangriento en que flotaron los cadáveres de Trafalgar; hélo ahí, el traidor enemigo que en sus fauces consumió La Invencible Armada; hélo ahí, lamiendo las costas de Cariarí con rumoroso acento y coronándose y descoronándose sin cesar con caprichosas crestas de espuma.

Y esas y otras historias, revueltas con miedo, frescas aquéllas en la memoria del ex colegial, vivo éste en el alma del niño de ayer, me asediaban cuando ya en la cubierta del diminuto *Alvena* se soltaban las amarras y se daban las órdenes de partida.

Y marcha el buque y se va. ... y se fué.... En el muelle están los amigos; los pañuelos que agitan el nebuloso adiós se quedan, se quedan muy atrás, y las costas de la patria se esfuman en el lejano horizonte.

Mi amigo y compañero, práctico en viajes, me observa: no perturba mi silencio y respeta mi dolor; es la primera vez que se abandona la patria; es la hora del crepúsculo, la hora de la poesía, la hora en que todo emociona. Mi cara empalidece: un sudor de muerte corre por mis venas, tiemblo mal equilibrado sobre mis vacilantes piernas y con lágrimas en los ojos y con los ojos clavados en la confusa costa, con voz que tiembla emocionada, le digo a mi compañero: "es la hora del adiós, es la hora de la negra partida". "En efecto", me replica mi amigo, "es la hora de la partida y es también la hora del mareo; vé a acostarte".

Y en verdad, ¡miseria humana!, toda la poesía de mi despedida, todas las ternuras de mi alma, todo lo que se siente hondo y ardiente en el momento en que se abandona la patria, desapareció por completo entre las contorsiones grotescas del mareo.

\*  
\* \*

"Levántate, perezoso, el tiempo está lindo, el mar está sereno, sube a la cubierta, que el aire te hará provecho", me decía mi amigo. Y con gran sorpresa, por primera vez desde mi entrada a bordo, me sentía bien, con voluntad de abandonar el estrecho camarote y con anhelo de respirar las brisas salinas. Tenía perdida la noción del tiempo: no me era dable saber cuántas horas, cuántos días o cuántos siglos llevaba de embarcado... Y mi amigo, intencionalmente me lo ocultaba.

Me vestí y subí a la cubierta creyendo mirar a mi alrededor el mar infinito cubierto por el infinito cielo. ¡Sorpresa inolvidable! ¡Estábamos en la bahía de Nueva York!

La de enormes calles e innúmeros edificios, la que cruzan por su lomo, por su vientre y por los aires constantes culebras de vagones cargados de miles de viajeros; la abigarrada en sus tipos, en sus almacenes, en sus construcciones. Nueva York la grande, la aplastante, la bulliciosa, el reverso de la medalla, reverso brutal y violento de mi tranquila Cartago, aquella mi cuna que se durmió en hora aciaga sepultada bajo los escombros.

En la gran ciudad hubo de abrirse para mí un libro nuevo de observaciones no sospechadas, de lecciones objetivas constantes, de sorpresas que abisman y de comparaciones que desalientan.

¡Ah mi Costa Rica pequeña!, qué pequeña te miraba mi recuerdo filial ante ese prodigio de la potencia humana que levanta casas de cuarenta pisos, que abre almacenes con miles de empleados, que mueve millones de dólares antes del *lunch*, que arrastra carrozas con damas cuajadas de brillantes que harían la fortuna de veinte familias, que por un centimo pone en la mano periódicos que parecen libros, que tiene policías de siete pies de altura, ante cuyo gesto, casi imperceptible, se detiene la onda humana que a pie marcha, para dar paso a la onda humana que va en coche.

Y esa ciudad grandiosa, exponente de la enorme nación americana, enseña el tipo perfecto del yankee, tipo en el cual se han desleído los distintivos etnológicos de las demás razas fundidas en él: mezcla de niño y de gigante, audaz en el negocio, ardiente en la pelea, sincero en su convicción, celoso de su derecho, candoroso e infantil a la hora del reposo y del *sport*.

Mi llegada a la gran ciudad fué un día de elección presidencial: los demócratas se batían por Cleveland, los republicanos por Harrison. Y la máquina electoral funcionaba, calentada por las lecciones de un Wáshington, de un Lincoln, de un Grant, y el derecho electoral, el sagrado derecho de las mayorías, tenía en esa hora una nueva consagración.

Cien mil republicanos desfilaron por las calles de Nueva York al grito de ¡hurra por Harrison!, y ciento cincuenta mil demócratas seguían sus huellas al compás del hurra por Cleveland. Y Cleveland triunfó.... y yo, entristecido, volví la mirada hacia la lejana patria, recordé el espectáculo de nuestras campañas electorales de aquellos tiempos y suspiré envidioso.

Dicho sea de una vez, de entonces a hoy, cuánto hemos marchado y con cuánto orgullo Costa Rica puede enseñar ante el mundo la hoja de su política y su vida de paz republicana!

“Vámonos de aquí”, me decía mi amigo: “este es un país de brutos: caminan como trombas y los policías me insultan con su tamaño; vamos a París en donde verás gente civilizada”. Y nos fuimos a París.

\*  
\* \* \*

A bordo del *Gascogne*, perezosamente mecido por un oleaje tranquilo y con todo el *confort* que ofrecía el palacio flotante, pude meditar, y medité; y a mi mente se agolparon las reflexiones que sugiere un espectáculo de novedad grandiosa y no soñada.

Después se me ocurrió, entre innúmeras ideas, la de que Wáshington fué un grande hombre,—ocurrencia que me entusiasmó por su extraordinaria novedad.

Ese país maravilloso, que en pasajera visita acababa de ver, es la obra imperecedera de un hombre: de aquel que en la guerra se batió como un bravo, que en la paz trabajó serena, constante y lógicamente en la erección del monumento más grande que los hombres hayan levantado: la Constitución política de los Estados Unidos; que, concluído su segundo período presidencial, baja del solio, a pesar del deseo cuasi unánime de sus conciudadanos, y escribe, con el ejemplo austero, el canon de la alternabilidad en el poder,—cimiento hermoso de la vida republicana, ejemplo respetado por el pueblo americano cual si fuera ley escrita y que es valla infranqueable para una segunda reelección.

Y a la sombra del árbol fecundo que Wáshington plantó crece y crece sin cesar aquel pueblo prodigioso, que, cuando frunce el ceño, hace inquieto palpitar al mundo, que cuando pára por un segundo el engranaje fabuloso de sus finanzas, hasta en las últimas reconditeces del globo se siente la angustia; que, ayer niño, hoy se codea en las primeras filas con las viejas monarquías que peinan una cabellera de siglos.

Y en donde se le sirve a uno un *beefsteak* de descomunal tamaño y hay un Carnegie que regala cincuenta millones para bibliotecas, una mujer que paga veinte mil dólares por la curación de un perrito y un Edison que maravilla con un nuevo invento cada semana, y un Johnston que derriba un buey de una bofetada y un Franklin y un Adams y un Harrison y un Hay, que levantan y dignifican la raza humana con su ejemplo de ciencia, de pureza y de virtud.

Los Estados Unidos presentan caracteres especiales que dan a ese país su excepcional peculiaridad.

Sorprende la audacia de sus ingenieros, que lanzan sobre el río del Este la octava maravilla, el puente de Brooklyn; pasma ver colmenas de empleados trabajando arduos en las alturas de un piso treinta y nueve; es de verse la rapidez eléctrica con que dos minutos después del toque de alarma corren vertiginosamente, por calles que son hormigueros, los coches minuciosamente aperados para su lucha con el fuego; se abre la boca ante el espectáculo de lujo desenfrenado que ostentan los palacios de la Quinta Avenida y se entristece el alma al ver amontonados, téticos, hambrientos, los grupos que pueblan las oscuridades del Bowery.

Al lado de un Stewart, que de vendedor ambulante se trueca en rey millonario, se advierte al noble arruinado, que la adversa fortuna dejó sin patria y que en la batalla por el dólar pierde sus pergaminos y encallece sus manos cubiertas de azules venas. El pobre leñador abandona el hacha y toma el bastón presidencial—bello ejemplo de democracia verdadera—y el restaurante espléndido cierra implacable sus puertas al vencido de ayer, triste rezago de aristocráticos prejuicios, que en un día no lejano cubrieron de sangre el suelo americano; y en *Wall Street*, el *rendez vous* de los reyes modernos, todos uniformados ya con la vestimenta yankee, todos hablando en yankee, que es otra lengua distinta de la inglesa, todos vivaces, con mirada aquilina, con serenidad aprendida, con arrojo incontenible, en la tarea de hacer y deshacer fortunas, se advierte la angulosa e impacible silueta del judío alemán, codeándose con la expresiva del industrial francés; la sonrisa atrayente del piemontés ladino, en hábil lucha con la flema inglesa; el expresivo gesto del español ardiente, contando los puntos de alza y baja del petróleo, en asocio del frío escandinavo, que ante el espectro

de la quiebra o ante la sorpresa de la ganancia, deja escapar de sus labios un descolorido *all right*.

El vigor de ese pueblo pasma, como pasma la enormidad de sus contrastes. La pequeña colonia holandesa que plantó su tienda en las soledades de *Manhattan Island* es el arranque de una nación que cuenta hoy más de ochenta millones de habitantes y que, en vuelo incontenible, llegará no se sabe dónde.

Hay en esa enorme aglomeración un fenómeno extraordinario y que parece ser el motivo de su pujanza y la razón que tranquiliza las vistas del porvenir: ello es la cohesión de los elementos demográficos, el hecho evidente de la amalgama de temperamentos y de razas, que parecen dejar prendidos entre las redes de las aduanas sus distintivos étnicos, para vestir el uniforme yankee.

Grecia tuvo en el germen separatista de sus componentes el virus de su ruina. Los triunfos de Esparta austera desvelaban a Atenas pensadora, y de las tibias montañas del Epiro a los campos heroicos del Peloponeso, el alma localista se erguía solitaria, por veces guerrera, como la tebana; reposada como la beocia; pastoral y sencilla, como la arcadia.

Aquella nación que nos legó su filosofía inmortal, el arte escultórico no superado, sus oradores gigantes, sus proezas bélicas inmarcesibles, no supo mantener su poderío por falta de cohesión, y, fraccionada en sus levas y en sus costumbres, en sus ideales y en sus tradiciones, fué fácil presa para la unidad gigante de la joven Roma.

La cual a su vez pasea triunfante sus águilas desde las Galias indomables hasta los confines del Ponto, planea en las alturas de la grandeza, arrastrando, uncidos al carro de Lúculo heroico, de Pompeyo afortunado o de César invicto, los reinos bárbaros convertidos en provincias romanas. Pero todas esas grandezas se desvanecen como el humo, porque la unidad del imperio de los Césares es unidad de fuerza, porque ruge sordo en los pueblos que juntó la mano férrea del triunfador el anhelo de romper la argolla que los ata; porque la reina que se asienta sobre las siete colinas no formó con sus conquistas una entidad, sino que fué la señora de sus vasallos; porque el galo siguió siendo galo, y el ibero, ibero, y el romano, patricio o plebeyo, no traspasó sus derechos ni confundió sus anhelos con los enemigos vencidos.

Y por eso España vió ocultarse el sol esplendoroso que alumbraba a Carlos Quinto y revivir de entre las oscuridades del vasallaje los Países Bajos sojuzgados y los teutones vencidos.

Y el Genio de las Batallas, al caer en Santa Elena, hundió con su fulgurante estrella el delirio de unidad europea.

Las elocuentes lecciones de la historia enseñan cómo en el orto de un país de fuerza y valor, crece y crece el poderío, y cómo en el vecino ocaso rueda fraccionada la grandeza de un día que se cimentó sobre base movediza de sangre y desolación.

También nos demuestra cuánto es difícil y lenta la amalgama de las razas que distinguen temperamentos diversos, ideales opuestos y concepciones antitéticas de la vida, que, si permiten la viabilidad de confederaciones políticas e internacionales, enérgicas rechazan la fusión nacional.

Y, sin embargo—he aquí la peculiaridad.—los Estados Unidos, en la inmensidad de su territorio han formado una espléndida unidad, resultante de componentes heterogéneos por raza, por idioma por costumbres y hasta por tipo.

La Luisiana francesa, la Florida española, California, Arizona y Texas mexicanos, lucen hoy sus estrellas en la bandera del Norte al lado de las primitivas colonias que se insurreccionaron en Boston. Y esos elementos que fueron tan diversos en su origen, hoy se han fundido en el todo nacional.

Más aún; por centenares de miles las naciones europeas han enviado a ese país sus cataratas de inmigrantes: ¿quién no los ha visto en oleaje constante saltar de las cubiertas de los trasatlánticos a la nueva tierra prometida? Y ¡cuán pocos regresan a sus hogares! La mayoría, la inmensa mayoría se queda para siempre, planta su tienda, establece su industria, labra su predio, se naturaliza, olvida el puchero español o la polenta italiana, modifica su andar, abandona su idioma y se hace yankee políticamente y de corazón.

El poder de absorción de los Estados Unidos es colosal: su atmósfera de libertad, su febril impulso en el negocio, su libertad de conciencia irrestricta, entusiasman al ruso oprimido, estimulan al práctico alemán y tranquilizan al batallador latino.

El yankee llega a París, echa a rodar sus dólares en

los mostradores de la Avenida de la Opera, se pasea boquiabierto en la contemplación de la belleza sobre la imperial de un ómnibus, baila con entusiasmo de colegial escapado en *Tabarin* y en el *Rat Mort*, y a la hora fijada de antemano, amontona sus equipajes hidrónicos de compras, saca su billete de viajero, toma el trasatlántico y regresa al *home, sweet home*, donde lo espera la paz del hogar y la lucha ardiente del negocio: el francés, el belga, el costarricense, también llegan a la rada de Nueva York, sacuden el polvo de sus sandalias de peregrinos y se quedan.... se quedan para siempre.

Y así crece con incesante impulso ese país de la maravilla y del prodigio.

Y si no fuera porque el vapor va entrando ya en la rada del puerto y hay que rehacer equipajes y rehacer el espíritu para poner la planta respetuosamente en el viejo continente, yo diría lo que es ese tipo original del yankee, sangre de cuákeros de la vieja Inglaterra con cerebro de alemán, ímpetus de galo y noble quijotismo de español,—mezcla única de los elementos caleidoscópicos que en la virgen América han hecho germinar las razas migratorias de toda Europa y del lejano Oriente que pueblan hoy la gran nación.

Y yo diría también cómo es grandioso el espectáculo del funcionamiento del poder de los poderes; el Poder Judicial, muralla de granito cimentada sobre la ciencia y la honradez, y recordaría también la gradación maravillosa con que se lleva al niño, en desarrollo armónico de todas sus facultades, desde el *kindergarten* que lo roba a la madre, hasta la Universidad que lo lanza a la calle, repleto de ciencia y con músculos de acero. Y también diría—reverso desconsolador de la medalla—cómo un torrente de *whiskey* intoxica y degrada, cómo la lucha por el dinero relaja el sentimiento de familia y cómo en ese país de la democracia se exhibe crudamente, sin piedad y sin atenuación, el odio provocado por antiguos rencores entre el Norte y el Sur.

Pero ya llegamos y de prisa he de marcharme a los bulevares antes de que mi auditorio benévolo, abrumado de fatiga, me deje con la palabra en la boca y en la puerta del puerto.

\*  
\* \* \*

Aquella noche y en aquella esquina de la calle *Richelieu*, en donde mi amigo y yo nos hospedamos, había inusitado movimiento, gárrula algarabía, que tan característica es de las agrupaciones de franceses.

Hubimos de informarnos qué provocaba el extraordinario tumulto y se nos contestó que en el *restaurant Le Mardelay*, situado en frente, se daba un banquete a Boulanger, y que se anhelaba verle entrar, para lanzar a su paso un viva entusiasta, un viva al hombre que en ese instante simbolizaba para la patria herida por los garfios del año terrible, las esperanzas de la revancha.

Y le vimos entrar... y, electrizados por el contacto del popular entusiasmo, también gritamos, ¡viva Boulanger!

La Francia de entonces sentía ardiente entre sus venas el odio alemán: el bálsamo del tiempo no la había convertido en el pueblo sereno que en silencio prepara su labor, amaestra su caballería, ejercita sus infanteros, se lanza a los aires con sus aviadores, siempre con los ojos puestos en la esperanza, aguardando la hora que ella cree que infaliblemente sonará, en la cual sus victoriosas huestes borren la huella de los tacones ulanos, impresa en las calles de París, y extingan el eco de las espuelas de Bismark, que perdura resonando en los salones de Versalles.

En aquel entonces los ardores de la venganza eran incontenibles y el pueblo francés llegó a creer que sobre la cabeza del joven General brillaban los fulgores que iluminaron la sien del primer Napoleón.

Todo fué ilusión vana: Boulanger rodó de su pedestal; el imperialismo, que asomaba la faz, se abandonó ante el fracaso; la República salió consolidada de esta crisis, y el dios de un día fué a morir como cualquier Werther sobre la losa que en el cementerio de Ixelles cubre el cuerpo de su amada.

Es impresión durable y que el estudio confirma, la de que Francia arrastra y subyuga con el brillo de su intelectualidad; que el buen tono literario se viste con los modelos que a diario lanzan a la plaza los Dentu y los Lemerre; que la tribuna del Derecho encuentra su arquetipo en las oraciones inmortales de un Saint-Auban, de un Labori, de un Henri Robert; que la ciencia económica saca de sus entrañas sus verdades eficientes al escalpelo de un Leroy Beaulieu; que la ciencia médica se encumbra sobre los hombros de un

Charcot y de un Fournier; que la política intrincada conduce en su barca quebradiza a los Delcassée y a los Clemenceau y a los Pointcaré, por entre escollos hábilmente salvados y con rumbo cierto a los puertos de grandeza y poderío.

Francia no está aún en las cumbres de perdición de Babilonia desaparecida ni de Roma pagana y caída. Su grandeza no se asienta sobre el movedizo poder de las bayonetas sino sobre el inmovible de su cerebro pensante y laborioso; y si hay en ella aspectos morbosos de nación en decadencia, tal vez sean éstos el relajamiento en las altas clases, el maltusianismo de la burguesía, los fermentos ultrasocialistas de los impacientes, los espasmos lujuriosos de ciertas literaturas, tiene en cambio cualidades fundamentales que la hacen y la harán sobrevivir: alto y profundo amor a la patria, audacia emprendedora, economía razonada y racional, profundo amor a la ciencia, entusiasmo inagotable por el arte.

Cuando en hora aciaga para Francia el triunfador alemán cortó con su tijera vencedora dos provincias y reclamó como indemnización de guerra la enorme suma de cinco mil millones de francos, aquel pueblo, exangüe, maltratado, abatido y lleno de desaliento, oyó el grito de la Patria y, con gesto sencillo y sublime, abrió el cajón de sus economías, amasadas al duro precio de la diaria privación, vació sus monedas en la falda de la joven República y ésta pagó al vencedor..... y el campesino vencido volvió sin pueriles desmayos a reconstituir, centavo tras centavo, su agotado tesoro. Ese pueblo de patriotas merece respeto.

Cuando en las ferias mundiales que provocan los afanes del comercio, exhibe Francia su poder inventivo y laborioso, su industria admirable, sus telas de ondulante y rumberosa seda, sus insuperables vinos, desde el moreno borgoña hasta el champagne dorado, su ebanistería espléndida, sus fundiciones que retuercen el hierro como si fuera encaje, todos exclamamos que ese pueblo de trabajadores es digno de envidia.

Cuando de los desiertos del continente negro nos llega la noticia del audaz explorador que, a la cabeza de un pequeño grupo, se lanza en medio de los peligros y ni teme las fieras ni le arredran las hambres, ni lo intimidan las flechas del salvaje indómito, ni lo espantan los blanqueados huesos de sus compatriotas, que sucumbieron en la jornada,

y lo vemos seguir impávido y sonriente en busca del pico más alto y más agreste para plantar en él la bandera tricolor, todos decimos que ese pueblo es digno de su poderío colonial.

Cuando en la moderna Atenas un Pasteur rompe una venda y lanza al mundo por inexploradas sendas, y un Meissonier y un Gounod y un Falguières llevan el arte a la suprema cima, todos decimos que en el alma de la joven Galia transmigró el alma de la antigua Grecia, sabia y artista.

Y cuando en los aires, allá, muy lejos, balanceándose con esperezos de gaviota, vemos a un Vedrines o a un Bleriot conquistando el cielo y queriendo llevar más alto que nadie el pabellón tricolor, todos aplaudimos, porque ese pueblo valeroso provoca la eterna admiración.

Y cuando al caer de la tarde, en medio del grupo abigarrado que hormiguea a los pies de la Grande Opera, adivinamos la silueta impecable de la noble dama que viste Paquin y que, reclinada con indolencia en su cupé, despide gracia inimitable y elegancia suprema, todos decimos que es por derecho de conquista cómo en aquella tierra bendita se guarda el cetro del buen tono.

\*  
\* \* \*

Y dándole vuelta a estas mis primeras y juveniles impresiones, se llegó la noche y llamó nuestra excitada curiosidad el placer prometido por los luminosos anuncios de los bulevares, de ver y oír a Sara Bernhardt.

Nos fuimos al teatro, y declaro que aquella mi primero vista de verdadero arte teatral perdura en mi alma grabada con los colores vívidos de una hora inolvidable.

Sara se murió esa noche: yo lo certifico. Se murió física, con tisis poética, que la hizo languidecer y desmayarse en los pliegues de la eterna noche, —pobre flor agostada por los rigores de un amor cruelmente maltratado.

Durante los cinco actos en que se desarrolla el admirable drama de Dumas hijo, el placer que produce lo sublime del arte fué mantenido por la gran trágica, recorriendo con maestría inimitable la gama sentimental, desde los primeros delirios de juvenil pasión hasta el último estertor de un co-

razón que muere de pena. La *Dama de las Camelias* y Sara Bernhardt se identificaron en mi espíritu, y aun hoy, después de doblado el cabo de los juveniles entusiasmos, guardo fresco en el alma el recuerdo de esa noche.

En la feria colosal del 89, aniversario de la Revolución, partida de bautismo de la insuperada torre Eiffel, no había de faltar, como pasto a la curiosidad del visitante, la reproducción de vida, costumbres y paisajes exóticos.

Vimos allí la mediatruda y morena figura del sudanés, arrancado a las selvas; la industria nipona exhibiendo sus filigranas, sus marfiles y sus tazas de té, servidas por niñas de rasgados y dulces ojos, y una calle del Cairo con sus arquitecturas menudas y sus burritos auténticos, y un circo de toros con sus vivaces coloridos.

Por cierto que este espectáculo, el más nacional de los de nuestra Madre Patria, hacía curioso efecto, trasplantado de las cálidas arenas de Sevilla o de Madrid a las arenas novicias de la *rue Pergolese*.

Toros de sangre pura de Veragua y Benjumea, capas flamantes recamadas de oro y paseadas con garbo inimitable, espadas filosas y vibrantes de Toledo; Mazzantini, Guerrita, el Espartero..... y público francés, indocto en el arte de Pepe Hillo, de exaltada sensiblería ante el espectáculo valiente, de nervios aflojados ante la emoción de la lucha e ignorantes de la única lengua que entienden el toro y el torero.

Y resultó lo que había de resultar: que los toros embolados se burlaron de la garrocha, que las impecables verónicas y las maestras banderillas al quiebro, recogieron el desparramado aplauso de los españoles perdidos en el inmenso circo, y a la hora trágica de la muleta y de la espada y la puntilla, a los gritos ardientes de "mátalo", respondía el estruendo de "no lo mates".

Atraído por la embriaguez del lance, el diestro vacilaba, pero obedeciendo a la orden del jefe de la corrida, tras vago simulacro, inclinaba su estoque virgen de sangre.

La corrida no resultaba. Pronto se plegaba la tienda y la cuadrilla se volvía a buscar allende el Pirineo el teatro ardiente de sus proezas.

El pueblo de París no soportó el espectáculo llamado bárbaro. La muerte del toro le parecía crueldad horrible y no le pareció ¡contraste extravagante! no le pareció cruel el

paseo de la cabeza desgarrada de la Princesa de Lamballe, ni la contorsión fatídica del cuerpo de Eyraud, despedazado por la hoja homicida ante una multitud apiñada y frenética.

Pero yo no hago crítica. Cada país tiene sus costumbres y sus peculiaridades: los cantos callejeros y melancólicos en la bella Nápoles, los *couplets* maliciosos en el Molino Rojo, el *foot ball* excitante y rabioso en la severa Albión, los toros de verdad en la cálida España, los recreos primaverales cuajados de rosas vivas y de luz esplendente en nuestro Parque Morazán.

El espectáculo exótico fracasado en la ciudad cosmopolita es uno de tantos botones que para muestra sirven, de que aun en las grandes agrupaciones que se llaman latinas y sajonas hay matices de temperamento, líneas bien trazadas de carácter, hondos surcos que individualizan las costumbres, los cuales constituyen las fronteras infranqueables de pueblo a pueblo, vigorosas y resistentes en las naciones envejecidas, tenues y modificables en las nacionalidades nacientes.

\* \* \*

Lo dicho me lleva a pensar en la importancia enorme que hay para los países jóvenes en enviar sus hombres a los grandes centros a beber en las fuentes, a aprender las lecciones objetivas, a ampliar horizontes, a acaudalar ideas y, con su bagaje bien provisto, venir a dar luz y entusiasmo e impulso a la patria nueva, primitiva, poco educada, pero ansiosa de progreso.

Un Miguel Antonio Caro, que llega al colmo de la sabiduría sin haber traspasado la sabana de Bogotá ni visto otro panorama que el de las poéticas colinas de Monserrat y Guadalupe, es una excepción.

El hombre del presente, que anhela que su patria se ponga a tono con las que van a la vanguardia, debe viajar, y no en busca del placer frívolo y del espectáculo de oropel, sino con el fanal de la investigación práctica, con el alma receptiva a lo bueno, con la memoria preparada para escribir en ella la lección fructuosa, y al regreso a la tierra vaciar el saco, no repleto de baratijas del *Bon Marché* y de retratos

de artistas en boga, sino de datos, de enseñanzas, de observaciones que más o menos tarde den provechosa cosecha.

Lo cual yo, que hoy predico, debía haber intentado y no lo hice. Culpa de juventud y escasez de voluntad, que hoy me pesan mucho.

\* \* \*

En los dos grandes países que acababa de visitar se ofrecieron, sin embargo, a mi espíritu múltiples consideraciones, que aun ahora me impresionan.

Francia envejecida en el camino de la historia y joven y vigorosa en su vida intensa; Estados Unidos, niño nacido ayer a la vida independiente y gigante en el poderío y en la prosperidad, ¿por qué la una se mantiene en las avanzadas de la civilización y la otra se le alinea en primer rango en carrera de progreso vertiginosa?

Para mí, con prescindencia de elementos de secundaria importancia, la base de su prosperidad estriba en la densidad de población.

La agricultura intensiva, científica, aquilatada por las necesidades de la competencia, las industrias alentadas por los mirajes del provecho, la ciencia planeando con vuelos de águila por sobre nutridos campos de experimentación, el arte sugerido, mantenido, levantado por la cultura exquisita, son los productos de las densas agrupaciones humanas en donde gobierna como dictador irrestricto el estímulo y en donde al esfuerzo fructuoso sigue la espléndida recompensa.

El hombre nació para la vida social: el aislamiento es el matador de todo impulso, es la cuerda que se afloja, el nervio que se insensibiliza, el entusiasmo que se apaga. La convivencia social, mientras más nutrida, mayor campo de desarrollo ofrece y mayores atractivos pone en el alma del trabajador, así sea el que, en su gabinete silencioso, persigue la vida ínfima del microbio, como el que, en afanoso combate, lanza al mercado el producto de su industria o, en la combinación de incógnitas de su paleta, trata de objetivar su visión de artista.

Nación nutrida de pobladores es nación que progresa.

sa; nación que vive con anemia humana es máquina estacionaria o, por lo menos, de lento y dificultoso andar. Allí está la Argentina, que al impulso de centenares de miles de inmigrantes crece y crece sin cesar; allí está el Uruguay, que corre con violento impulso hacia las cumbres; allí está el coloso brasilero, que sacude su modorra, se siente inmenso, rico y capaz para escalar todas las alturas, abre sus puertas al inmigrante y se levanta majestuoso con aleteos de cóndor joven que quiere llegar arriba, siempre arriba, a la conquista del *excelsior*.

Buena y constante lección que a diario se nos da y que nosotros no queremos aprovechar.

\* \* \*

Pero no vayamos en esta plática, que la bondadosa Dirección del Ateneo me permite hacer, a enfrascarnos en las arideces de una teoría ni a provocar las réplicas abrumadoras. Quédese para otra hora, menos amablemente ofrecida, el estudio que sugiere la meditación, el plan que aconseja el patriotismo, o el anhelo que despiertan las comparaciones de aquellas alturas con los llanos de nuestra incipiente.

En esta tierra joven y que tiene robusteces de aldeana, también podemos ver relucir en nuestro escudo trazos de progreso que anuncian el brillo del porvenir.

Somos prácticamente el país que, en mi concepto, mejor ha realizado los arduos problemas del sufragio: tenemos jueces cuyas manos están puras de toda mancha; tenemos escuelas en apartados y modestos caseríos; nuestros cañones y fusiles son inofensivos ornamentos; los Presidentes que entran pobres, salen pobres a reconstruir el deshecho bufete; las luchas artificiales y que, con vano esfuerzo, se pretendiera implantar por las desigualdades de clases, se desvanecen ante el rasero de nuestra real democracia; las reivindicaciones socialistas que en otros lugares levanta y justifica el hambre, caen por su base en esta patria dichosa, en donde no se ven ni pirámides de millones ni antros oscuros de miserias y lágrimas.

Costa Rica marcha con paso seguro y sereno, sin caídas que la retarden, sin escollos reales que la detengan. Las impaciencias de orgullo patrio, el más legítimo de los orgullos, quisieran verla emprender rápido e incontenible vuelo a las alturas; pero esa impaciente aspiración se consuela con la vista de la labor diaria, sin estrépito, pero cierta y eficaz, con que esta pequeña tierra, en que viven ampliamente la justicia, el derecho y la libertad, va marchando hacia adelante y con que su vida juiciosa de trabajo y de honradez va llamando la mirada del gran mundo, la mirada de aquellos que en el pináculo del progreso, si bien disfrutan de la intensa vida de la civilización, también por veces contemplan el cuadro triste de los desgarramientos dolorosos, la caída del hambre sobre multitudes al golpe de una huelga, el sonoro eco de un atentado anarquista y el alarma constante del centinela que ve a través de la frontera condensarse la nube negra de las bayonetas amenazantes.



Y con estos y otros pensamientos pasan los años y resurge en el alma el ardiente deseo de volver a la patria; de cambiar el espectáculo abigarrado e indiferente de las noches de bulevares por el reconfortante de las retretas oídas entre amigos, en nuestra suave atmósfera de primavera; de los soberbios palacios en que se enorgullece el lujo millonario por las viviendas tranquilas de la quieta Cartago, en donde está el recuerdo de la infancia, la huerta donde se robaba frutas, la maestra que nos enseñó la poética leyenda bíblica, el campanario que nos llamó a la alegre misa del domingo, el hogar que nos lloró ausentes.

Y andando, andando, al compás del constante golpe de la hélice, una mañana de luz y de aire tibio se dibuja en el horizonte la tenue línea oscura que guarda nuestros cariños; y anda el vapor y se dibujan las montañas y se precisan las siluetas de los amigos y se alcanza con la impaciente mirada a reconstruir el panorama que guardaba la memoria con cariño filial.

Allí está..... es ella..... es la patria que se quiere mil veces más desde lejos.

—“Mírala”, dije a mi compañera, que, llena de emoción, contemplaba en el verdor de nuestras montañas la oscura incógnita que a su alma de europea ofrecía la virgen América: “esa es tu nueva patria”.

Y Costa Rica la pequeña, la sencilla, la que se saluda con el grito de “salve, ¡oh tierra gentil!, salve, ¡oh madre de amor!”, nos abrió sus brazos en aquella hermosa mañana, llena de luz tropical.

